

alguna actividad comercial á las ciudades de Burdeos, Nantes, el Havre y Marsella, habia concedido Napoleon tal cantidad de *licencias* para este año, que casi se podia considerar como restablecido el comercio con Inglaterra, y cabia calcular en cien millones el producto ordinario de las aduanas. De esta suerte se habian trocado los papeles, y así como dos años antes torturaba Napoleon á la Europa á fin de estorbar las relaciones con Inglaterra, ahora, echando Inglaterra de ver las ventajas que proporcionaban á su enemigo las comunicaciones por *licencias*, se esforzaba en hacerlas imposibles.

No queriendo aumentar las contribuciones directas ni las indirectas, no estando el crédito en uso, no produciendo ya las presas mercantiles casi nada, quedaba el antiguo medio de las enagenaciones de bienes nacionales, empleado con harto perjuicio por nuestras primeras asambleas revolucionarias, y por Napoleon con bastante provecho, á causa de recurrir al conducto de la caja de amortizacion y de ponerlo en juego muy despacio. Pero este mismo arbitrio no podia dar de sí mas que productos demasidamente cortos. A las familias emigradas habia restituido Napoleon una cantidad bastante notable de sus bienes. Respecto de los no enagenados, no queria cargar con la odiosidad de sacarlos á la venta, pues esto equivaliera á proseguir las confiscaciones, á las cuales tuvo el honor de poner término su gobierno. Así las únicas enagenaciones, que Napoleon se permitió sin escrúpulo alguno, fueron las de los dominios de la Iglesia. Estas no le repugnaban, ni al público tampoco, pues respecto de ellas habia que alegar la razon formalísima de la abolicion de las manos muertas.

Los inmensos beneficios resultantes de dar valor á los bienes eclesiásticos facilitaban una respuesta cotidiana y viva á las contradicciones de que aun podia ser objeto esta clase de enagenaciones. Pero de tales tierras casi nada quedaba tampoco. Materia habian suministrado para algunas ventas realizadas por la caja de amortizacion con ventaja los paises religiosos agregados al Imperio, como las provincias del Rhin, ciertas porciones de Italia, y sobre todo los Estados Pontificios; pero se habia llegado al cabo de todo, excepto en el territorio últimamente citado, y allí hubo que suspender las enagenaciones por causa que daremos á conocer muy pronto. Algunos años antes Napoleon habia tomado la dotacion de la Universidad y del Senado, constituidas una y otra en propiedades territoriales, reemplazándolas con una renta sobre el gran libro, y vendido las propiedades de igual procedencia, por conducto de la caja de amortizacion segun costumbre.

¿Por ventura quedaba alguna operacion que ejecutar de esta clase, habia algunos bienes que tomar de manos muertas, indemnizando á los propietarios con rentas sobre el gran libro? Tal era la cuestion, y conducia en derechura á hallar el recurso tan deseado.

Con efecto, quedaba un propietario de los de manos muertas á quien despojar todavia y á quien indemnizar con rentas, y lo constituian las municipalidades. En todos los departamentos, y particularmente en algunos, poseian las municipalidades bienes de importancia y mal administrados. Si se necesitara echar indistintamente mano de todos estos bienes, fuera cosa, no solo inicua, sino im-

practicable y por extremo peligrosa, como ocasionada á sediciones. Pero se podía distinguir entre las propiedades comunales, y tal era el propósito fijo. Entre el número de estas propiedades se contaban los edificios destinados á los usos comunales, por ejemplo, los consistorios, las escuelas, los hospitales, los templos, las plazas públicas, los paseos, y ni siquiera se podía pensar en apoderarse de ninguna de estas cosas. Tal excepcion se hacia de suyo, y casi estaba de mas enunciarla. Otros bienes habia, cuya excepcion, menos indicada, era aun mas precisa, y como tales figuraban aquellos que, disfrutados en comun, constituian uno de los principales recursos del pueblo de los campos, como por ejemplo, los prados donde los vecinos envian á pastar sus ganados, los montes donde hacen leña, y los sitios cenagosos de los cuales consumen ó venden la turba. Arrebatat estos bienes en el momento en que la conscripcion empezaba á impulsar á la desesperacion á las gentes de los campos, equivaliera á exponerse á una nueva Vendée en ciertas provincias. Respecto de estos la excepcion era todavia mas inevitable, porque la desposesion no solo se resintiera de bárbara sino de imprudente en el mas alto grado.

Aun quedaba otra clase de bienes, única que podía ser objeto de una medida rentística, aludimos á aquellos arrendados por las municipalidades, no representando para ellas mas que una renta en dinero, cuyos productos aplicaban á sus gastos. Como en suma solo se trataba para las municipalidades de una renta en dinero, que les servia para aliviar el peso de sus contribuciones, poco les importaba percibir la renta de un arrendatario ó

del Estado, siendo por lo menos igual la exactitud en la paga. Ni aun habian de echar de ver las municipalidades el cambio, y el Estado ganaba en hacerlo, además del recurso actual de que necesitaba mucho, el valor dado á fincas muy considerables y tan mal administradas como todas las propiedades de manos muertas. Acerca del valor de estos bienes se calculaba que de la venta se podrían sacar trescientos sesenta y ocho millones de francos, al par que no producian anualmente mas de ocho á nueve millones á las municipalidades. Suponiendo efectivamente que no se vendieran mas que en trescientos setenta millones, cálculo que no parecia exagerado, y tomando el Estado los doscientos treinta y dos millones que le hacian falta, aun debian quedar alrededor de ciento treinta y ocho millones, que segun el precio de los fondos públicos por entonces, pues se vendia el cinco por ciento á sesenta y cinco francos, producirian los nueve millones de renta de que se necesitaba para indemnizar á las municipalidades. De este modo el Estado iba á encontrar el recurso de que tenia tanta urgencia sin que le costara cosa alguna.

Presentada asi la providencia, no ofrecia mas que ventajas, y no habia por qué vacilar en adoptarla; bien que bajo otro aspecto suscitaba obstáculos de gravedad suma. Primeramente atacaba el derecho de propiedad en cierto modo, aun cuando aqui se trata de propiedades colectivas, sobre las cuales ejerce una accion el Estado, que no le es lícita sobre ninguna otra. Asi puede suprimir un convento, una asociacion, un ayuntamiento, en cuyo caso es conducido á disponer de sus propiedades, al paso que á un particular no puede su-

primirle, y hasta cuando le quita la vida en nombre de las leyes, no hace mas que abrir su sucesion sin tener derecho para apoderarse de su hacienda. Además se irrogaba á las municipalidades un daño pecuniario muy efectivo, aunque remoto, pues, si en el momento recibian una renta mas cierta y mas obvia, se les daba una propiedad, que debia perder cotidianamente de resultas del solo cambio de valores, por otra propiedad, la de la tierra, que al revés aumenta de continuo por la misma causa. A mayor abundamiento se ofendia á las administraciones municipales, que, acostumbradas á tener bajo su mano los dominios comunales, mirábanlos como su propia fortuna. Por otra parte finalmente la enagenacion, aun ejecutándola con gran prudencia, no podia menos de ser árdua y lenta, pues se necesitaba inventariar estos bienes, tasarlos, transferirlos al Estado, sustituirlos con una renta equivalente, venderlos y retirar el importe, lo cual exigia mucho tiempo, y como las urgencias del Tesoro, eran perentorias, se hacia forzoso anticiparlo mediante la emision de un papel sobre el producto de la venta.

Estas objeciones bien presentadas hicieran vacilar á una asamblea de luces, y aun á costa de hacer bajar el cinco por ciento de setenta y cinco francos á sesenta y aun á cincuenta, mas valiera en suma una emision de rentas, capaz de proporcionar recursos menos costosos y mas inmediatos que una enagenacion repentina y considerable de propiedades territoriales. Pero entonces estas cuestiones eran menos conocidas que lo son ahora. No se sabia como en nuestros dias lo que se pierde en perturbar la propiedad, lo que se gana en pagar

caros los capitales, con tal de que se obtengan de un modo regular y de que se cubran los servicios públicos exactamente. Con especialidad fué debatida la cuestion entre Mr. de Basano, á quien su complacencia por las ideas de Napoleon hacia entonces admitir al exámen sobre casi todos los negocios, y Mr. Mollien, que acaso discutia algo sutilmente verdades incuestionables, se irritaba profundamente contra su antagonista sin atreverse á manifestarlo, y se retiraba con disgusto y sin rendirse. Cotidianamente empezaba de nuevo la lucha. Mr. de Basano juzgaba maravilloso proporcionarse de seguida trescientos setenta millones de francos, de los cuales se aplicarian al servicio público doscientos treinta y dos, guarismo exacto de las necesidades del Tesoro, y ciento treinta y ocho á indemnizar al propietario despojado, sin que costara nada á nadie, ni aun al Estado que iba á recibir tan gruesa suma. Sobre el derecho de propiedad sustentaba Mr. Mollien teorías verdaderas, pero abstractas y que hacian poco efecto á su adversario, presentaba la extension dada á los bonos de la caja de amortizacion como la creacion de un verdadero papel-moneda, señalaba las dificultades que de esto resultarian en todos los servicios, y señalábalas con pesadumbre, con enojo mas bien que con firmeza. Interminable fuera esta lucha entre un espíritu fácil y disertó, aunque poco afectado por las objeciones á causa de no comprenderlas, y un espíritu convencido al par que incapaz de producir el convencimiento, si Napoleon impaciente, descubriendo á las claras lo que habia de verdadero y de falso por una parte y otra, pero anhelante de un resultado, no dijera á Mr. Mo-

llien.—Todo eso es muy bueno, comprendo vuestras objeciones y las avaloro, si bien antes de criticar un proyecto, conviene sustituirle con algo.—Efectivamente, el argumento tenia mucho de embarazoso: era el grito de la necesidad lanzado por aquel ante cuyos ojos estaban mas presentes las urgencias del Estado, que ante las de otro alguno, como tenia que vestir, que armar, y que sostener á un millon de soldados, y su existencia, su pujanza, su gloria, se cifraban en la solucion del problema. Si Mr. Mollien fuera espiritu mas resuelto contestara á Napoleon de seguida.—Emitid rentas del cinco por ciento á sesenta francos, y aun á cincuenta si es preciso; pagad intereses de ocho ó diez por ciento, y aun mas altos, y esta operacion os costará menos cara, os creará menos enemistades, alimentará mejor y mas pronto á vuestros soldados, que un papel-moneda mal acogido y rehusado en todos los pagos.—Pero Mr. Mollien no osará decirlo, ni aun siquiera acaso pensarlo en aquel tiempo, y Napoleon, estrechado á proporcionarse dinero, no considerando posible una emision de rentas, queriendo absolutamente tener bienes que enagenar, pues este era el único recurso del momento, cogialos donde aun los hallaba. Mas tranquilo el archicanciller Cambacères, estaba no obstante dominado por el sentimiento de la necesidad, y con el mismo fundamento que Napoleon, vino á parar á la adopcion del proyecto debatido tan á la larga.

Consiguientemente se convino en apropiarse los bienes de las municipalidades de que se ha dado noticia, esto es, las fincas arrendadas, que se tasarían mediante un procedimiento administrati-

vo sumario, que se sustituirían por una renta cuya anticipacion era fácil al Estado como que iba á crearla, y que serían transferidos á la caja de amortizacion acto continuo. Esta caja habia adquirido la costumbre de las enagenaciones territoriales y las ejecutaba perfectamente, haciéndolas despacio y en cortas porciones. Aguardando á recibir el pago exigido generalmente en plazos largos y sucesivos, emitía papel que ganaba intereses y que entregaba al Estado por precio de los bienes declarados en venta, retirándolo despues poco á poco, á medida que vencían los plazos de las enagenaciones, y sosteniéndolo en la circulacion de valores, por ser de escasa monta y puntualísimamente reembolsado en capital y en intereses. Este mecanismo se trató de desarrollar y desarrollóse en efecto, estableciendo que la caja de amortizacion sacaría las nuevas fincas á pública subasta, bajo condicion para los compradores de satisfacer el importe de las que adquirieran en tres plazos, el primero al contado, el segundo en 1844, y el último en 1845, y además de pagar el interés de las sumas diferidas al tipo de cinco por ciento. Entretanto la caja de amortizacion debia crear inmediatamente y de entregar al Tesoro doscientos treinta y dos millones en bonos, ganando intereses, y reembolsables á medida que se realizara el pago de los bienes que se iban á sacar á subasta. Al Tesoro incumbía despues servirse de estos honos del modo que estuviera á su alcance, forzando, por ejemplo, ó induciendo á los acreedores del Estado á admitirlos. Aquí empezaba el justo sentimiento de monsieur Mollien, sentimiento que Mr. de Basano no comprendía mas que las iras de Europa prontas á

desencadenarse sobre nosotros. —¿Pero á quién he de hacer que admita el papel este?—Preguntaba el ministro del Tesoro.—A todos aquellos á quienes debeis fondos, respondia Napolon. A los proveedores de guerra y de marina, á los acreedores de todas clases debeis cuarenta y seis millones de 1814, treinta y siete de 1811; pagad estas sumas con los bonos de las cajas de amortizacion, y asi los introducireis en las provincias. Al pronto se manifestará repugnancia, pero, viendo que ganan un interés puntualmente satisfecho, que sirven para comprar fincas excelentes, y de ningun modo con la tacha de reprobacion que los antiguos bienes de los emigrados, se solicitarán á la postre. Se venderán en la plaza, se sostendrá su curso, y vuestro papel acabará por valer casi lo mismo que el dinero.—Si V. M. se encargara de ello, replicaba timidamente Mr. Mollien, esto es, si se prestara á comprar de seguida los doscientos treinta y dos millones con los vastos recursos acumulados por su genio, todo seria facil entonces.—Si, indudablemente, reponia de seguida Napoleon, todo seria facil entonces... y se guardaba muy bien de decir por qué no lo hacia. A la verdad solo tenia cuando mas las dos terceras partes de esta suma en sus dos tesoros, y con fundamento no queria desprenderse de todo su dinero contante. Pero prometia á Mr. Mollien sostener el curso de estos nuevos valores, tomando por su cuenta una cantidad considerable de los bonos que iba á emitir la caja.

Con efecto, resolvió tomar sucesivamente sesenta ó setenta millones, empleo excelente, pues ganaba un interés seguro, y tambien de seguro

vencimiento, aunque disminuía notablemente los ciento sesenta millones contantes de que estaba provisto. Sin embargo, en el estado de apuro en que se hallaba, no habia que andar en vacilaciones, y lisongeóse de que haciendo comprar una porcion de este papel en el momento en que fuera emitido, sostendría casi á la par su precio. Asi se lo ofreció á Mr. Mollien, con el fin de animarle algo.

Tales eran los recursos rentísticos con que se aprestaba Napoleon á sostener sus últimas y mas terribles guerras, recursos rentísticos proporcionados por el residuo de las enagenaciones de bienes raíces de que habia echado mano la revolucion francesa para resistir á los ataques de Europa. No teniendo ya nobles á quienes proscribir y no queriéndolo tampoco, no teniendo ya iglesias á quienes desposeer de sus fincas, tomaba Napoleon las de los ayuntamientos, últimas propiedades de manos muertas, y las enagenaba mediante una especie de papel de crédito, mucho mas sólido, y sobre todo mucho mejor reducido que los asignados, si bien trayendo á la memoria el funesto recuerdo del papel-moneda, y haciéndolo circular entre el público en momento muy poco favorable.

Aun al poner por obra cuanto era humanamente posible para hallarse en situacion de repeler á los enemigos que habia traído sobre Francia, se le alcanzaba á Napoleon la necesidad de intentar tambien algo para atraer los ánimos que veia alejarse cada vez mas de su gobierno. Solo una paz muy próxima se los podia volver á ganar del todo; pero, por mucho que esta se deseara, no era posible sino tras enérgicos esfuerzos que nos restitu-

yesen, no nuestra exorbitante dominacion sobre Europa, sino el prestigio de la superioridad de nuestras armas, y para alcanzar tal resultado, aun habia que verter mucha sangre. A falta de la paz que por muy prudente que se mostrara, no podia Napoleon dar de golpe, buscaba una satisfaccion moral para los ánimos de los franceses, é ideó una que produjera grande efecto, si se otorgara en tiempo oportuno y sin reserva.

Despues de la guerra, la causa mas eficaz que indisponia á la opinion pública contra Napoleon era la disputa con Roma y el cautiverio del Papa. Para los parciales de la dinastia de los Borbones, á quienes los últimos sucesos acababan de restituir esperanzas de muy atrás desvanecidas, habia aqui un pretexto y de los de mas empuje para excitar la animadversion contra un gobierno tiránico, que, segun su dicho, oprimia las conciencias. Para las gentes piadosas del pais, desinteresadas bajo el aspecto político y vueltas á la religion por los horrorosos infortunios de entonces, habia aqui un motivo formal y sincero de censura y hasta de aversion. Generalmente los hombres y las mugeres, que manifiestan mas inclinacion á las prácticas religiosas, son almas vivas, que experimentan la necesidad de contribuir activamente al triunfo de sus creencias, y figuran como enemigos formidables de un gobierno, cuando respecto de la religion ha incurrido en verdaderos errores. La autoridad de sus costumbres, su celo en propalar un agravio, un susurro, una esperanza, les hacen infinitamente peligrosos. Napoleon quisiera desarmar á esta clase respetable, y al mismo tiempo quitar á los realistas el pretexto de los negocios

del culto, de que se servian para dañarle y para hacer esperar la paz de la Europa con la paz de la Iglesia.

De consiguiente estaba resuelto á terminar sus diferencias con el Papa, concediendo lo menos posible, si bien cuanto fuera necesario para llegar á un acomodo. Detenido largo tiempo el Papa en Savona, se hallaba en Fontainebleau por aquellos dias, cautivo aunque libre en apariencia y rodeado de las mayores atenciones y honras. Temeroso Napoleon de que, mientras se metia en las profundidades de Rusia, se aprovecharan los ingleses de la coyuntura, para arrebatár á Pio VII de Savona, habia ordenado su traslacion á Fontainebleau en el verano de 1812. Se le dieron las habitaciones que habia ocupado en la época feliz y brillante de la coronacion (época para el pontífice y el emperador ya harto lejána! Se le colmó de homenajes, y enviósele parte de la servidumbre civil y militar de Napoleon, á fin de que viviera como soberano. Un destacamento de granaderos de á pié y de cazadores de á caballo de la Guardia Imperial hacia el servicio cerca de su persona, y se tuvo la atencion de dar la investidura de chambelan al oficial de la gendarmeria de preferencia encargado de custodiarle, el capitan Lagorsse, quien, á fuerza de talento y de tacto, acabó por agradar al Papa, hasta el extremo de serle indispensable. Asi la vigilancia estaba oculta bajo las contemplaciones mas respetuosas. Además de su médico y de su capellan se dejaron al Sumo Pontífice algunos antiguos criados que inspiraban confianza, y de vez en cuando era visitado por los cardenales de Bayane y Maury, por el arzobispo

de Tours y por el obispo de Nantes. Estos eminentes personajes, á quienes se habia trazado la conducta á que debian atenerse, sin entrar con el Papa en pláticas sobre negocios, le hablaban á veces de los males de la Iglesia, y de los medios y de la esperanza de que cesaran por completo, sobre todo cuando la vuelta de Napoleon á París pusiera á dos príncipes que se amaban uno delante de otro, y abocándose directamente se entendieran mejor que haciéndose representar por los mas hábiles negociadores. Esta sociedad era la única que se permitía al Papa, y tambien la única de su gusto. Facultado estaba para celebrar misa los domingos en la gran capilla del palacio, y para dar desde allí la bendicion á los fieles. Pero tan escaso ruido se habia hecho con la traslacion del Papa, tan fija se hallaba entonces la atencion pública en Moscou, y tan desviada de los asuntos religiosos, y tanto se temian las emboscadas de la policia imperial por otra parte, que apenas iban algunos curiosos á Fontainebleau los domingos. De consiguiente vivia el Papa en profundo retiro, y cabe decir que fuera dulce, á no ser forzado. Aunque se puso á su disposicion el parque, jamás salia de sus aposentos, por indolencia ó por cálculo, todos los dias daba algunos pasos en la gran galería llamada de Enrique II, despues volvia á caer en su inmovilidad, no leia, aun teniendo á su alcance la biblioteca del palacio, y parecia completamente adormecido en su cautiverio.

No se podía imaginar un tratamiento físico y moral mas adecuado á vencer su resistencia, sobre todo si, apareciendo Napoleon de repente, llegara á ensayar sobre su persona el doble prestigio de

su pujanza y de su conversacion atractiva. Al volver vencido de Moscou por la naturaleza, ya que no por los hombres, debia tener menos influencia, pero aun le quedaba suficiente, si obraba con tino, para determinar á Pio VII á un ajuste. Además, disponiendo de todos los conductos, no se habia dejado que llegaran á oídos del Papa mas que los hechos, cuya ocultacion era imposible, y explicándoselos de la manera menos triste para nuestras armas. Así, aun habiendo sufrido un mal invierno, seguia siendo Napoleon á los ojos de Pio VII el potentado mas formidable, potentado contra quien nadie tenia bastante fuerza para arrancar de sus manos la Italia y ceder parte de ella al sucesor de San Pedro.

Al dia siguiente de su llegada á París, apresuróse Napoleon á escribir al Papa, testificándole la satisfaccion de poseerle tan cerca, el deseo de ir á verle y de terminar pronto las diferencias que turbaban la Iglesia. Despues á esta carta añadió idas y venidas de Mrs. de Bayane, de Barral, Duvoisin, para atraerle á un ajuste mediante concesiones casi inesperadas. Con efecto, los puntos en cuestion no presentaban dificultades de tanto bulto como antes. Ya estaba convenido el método de la institucion canónica desde que la Iglesia, tan fácil entonces respecto de su prerogativa esencial; otorgó que al cabo de seis meses fuera instituido todo prelado por el Papa, ó en su defecto, por el metropolitano de la diócesis. Lo mas difícil de fijar era el establecimiento temporal del Padre Santo. No entrando la caída de Napoleon en los cálculos de Pio VII, y no viendo de consiguiente ningun medio de obligarle á restituir los Estados romanos,

era de considerar el establecimiento del papado en Aviñon con una dotacion conveniente, como una especie de menor mal aceptable, que tenia en lo pasado un precedente, una excusa y un consuelo. Pero lo que sublevaba y le parecia peor que el cautiverio mismo era el proyecto atribuido á Napoleon, y que efectivamente tuvo un instante, de establecer el papado en Paris bajo la mano de los emperadores franceses. Si tal cosa se llevara á remate, Pio VII no fuera á sus propios ojos mas que el patriarca de Constantinopla, y se rebajara la Iglesia de Occidente al nivel de la moderna Iglesia de Oriente.

Esta disposicion de ánimo facilitaba un medio de negociacion precioso, porque desistiendo del establecimiento en Paris y fijando el establecimiento de Aviñon, se podia sin duda atraer al Papa á la solucion de la cuestion reputada por la mas espinosa. Aun quedaban los arreglos relativos á los bienes de la Iglesia romana, vendidos ó en venta, y las sedes llamadas suburbicarias, por estar en torno de Roma y rodeadas de magestad antigua. Mucho empeño tenia el Papa en conservar estas sedes, y en poder nombrar obispos de Velletri, de Albano, de Frascati, de Palestrina, etc., porque, falto de medios para galardonar servicios, le fuera imposible sostener su gobierno. A estos puntos se agregaban todavía otros, sobre los cuales, con la voluntad de acabar del todo y con el poder de Napoleon, era fácil llegar á un ajuste.

Cuando estaban próximos á entenderse, decidió Napoleon ir á Fontainebleau en persona, para terminar con su presencia las vacilaciones ordinarias del Papa, y obtener de él un acto formal, que

podiera ofrecer al público como prenda de la paz religiosa, y quizá como presagio de la paz europea.

De consiguiente el 49 de enero, fingiendo una partida de caza á Glosbois, mudó de direccion de pronto y encaminóse á Fontainebleau, donde habia enviado secretamente su servidumbre. A la sazón se hallaba el Papa en conferencia con muchos obispos y cardenales. Ya conmovido por los grandes negocios de que se le hablaba de algunos dias á aquella parte, sintióse aun mas al saber la llegada repentina de Napoleon, á quien no habia visto desde la coronacion, á quien deseaba y tenia al par aprension de encontrar; pues, si se lisongeaba de ejercer alguna influencia sobre el autor del concordato, temia aun más sufrir la suya. Sin dejarle tiempo de que reflexionara, corrió Napoleon á verle, y le estrechó en sus brazos, llamándole padre. Sus abrazos recibió el Papa, llamándole hijo, y sin entrar aquel dia en el fondo de los negocios, estos dos principes tan singularmente asociados por el destino para agradarse y mortificarse toda su vida, aparecieron del todo felices al verse de nuevo. En sus semblantes resplandecia la esperanza de una reconciliacion pronta y completa. Poseidos y encantados de espectáculo semejante parecian los servidores del Papa, mas apesarados de costumbre.

Al dia siguiente Pio VII, rodeado de los cardenales y de los preladados á quienes se habia dejado penetrar cerca de su persona para esta circunstancia, fué en gran ceremonia á pagar la visita á Napoleon en sus aposentos. De ellos trasladóse á los de la emperatriz, á la cual no conocia, por no ser ella á quien habia consagrado, pues sobre aquel

trono, donde todo se sucedia tan de prisa, ya estaba cambiada la soberana. A semejanza de todos, hallóla buena, dulce, feliz con su grandeza; mostróse respecto de ella lo que era siempre, digno, afectuoso, lleno de las gracias de la ancianidad; despues de hacerla su visita, recibió la de ella, y enmedio de todo este movimiento pareció hallar algo de vida, de satisfaccion y de esperanza.

Sin embargo, sobre lo que iba á acontecer no se podia forjar ilusiones. Harto se le alcanzaba que Napoleon no se habia puesto en camino para hacer en Fontainebleau una simple visita. Segun su costumbre, este hombre tan activo, tan dominante, aspiraba á algun gran resultado, iba á arrancar al gefe de la Iglesia un consentimiento, y, lo que le era aun mas costoso, á imponerle una resolucion. ¡Y qué resolucion! ¡Obligarle á renunciar al poder temporal, á abandonar á Roma por Aviñon, á aceptar una hospitalidad magnífica, una esclavitud dorada, á figurar por tanto como patriarca de Constantinopla en Occidente con algunas riquezas más y algunas otras apariencias soberanas! Y no obstante, de no asentir á esta condicion el Papa ¿no iba á encontrar un Enrique VIII, que no por amor, pues no era este el flaco del emperador de los franceses, sino por ambicion, descargara sobre la Iglesia golpes mas terribles que el despojo de sus bienes materiales? Respecto de este punto hallábase Pio VII vencido en el fondo de su alma; pero, antes de resolverse, antes de enlazar tal recuerdo histórico á su pontificado, antes de resignarse á ser el Augústulo de la Roma cristiana, ó de arrostrar cuanto pudiera sobrevenir á la religion de una prolija lucha, necesitaba de un esfuerzo muy su-

perior á su energia, que era grande cuando se trataba de oponer á la persecucion una resistencia pasiva, y casi nula. Cuando convenia abrazar un partido pronto y arduo. Por lo demás, nunca, por mucho tiempo que se le otorgara, se resolviera por sí propio; de suerte que, si Napoleon anhelaba un resultado, habia hecho muy bien de ir en persona á reducirle, á deslumbrarle, á cogerle casi la mano para obligarle á estampar su firma.

Terminadas las visitas de aparato, comenzaron las entrevistas serias. Napoleon estaba determinado á desplegar todo el donaire y vigor de su talento, todo su poder fascinador en suma, para embelesar al Papa, y convencerle al propio tiempo de que no habia cosa preferible á lo que le pedia. Ante todo, y sin que al parecer lo diera grande importancia, cuando se le ofreció la coyuntura, expuso cuanto se proponia consumir en la próxima campaña, y mostróse muy seguro de abrumar á sus enemigos desde la apertura de las hostilidades. Aun cuando no se hubieran dejado penetrar hasta Fontainebleau las funestas impresiones que sobre la situacion de Napoleon habian cundido ya por Europa, sin embargo, sabia el Papa que por primera vez no habia vuelto triunfante de la guerra. Pero, á verle tan confiado, tan seguro de pulverizar en breve la jactancia de los rusos y de los alemanes, no podia menos de experimentar la misma confianza; y á pesar de los cambios operados en su persona, pues, en vez de ser Napoleon derecho y delgado, ya era algo cargado de espaldas y bastante abultado de vientre, creyó el Papa ver de nuevo al jóven y radiante emperador de 1804. Con efecto, bajo un extremado abultamiento de facciones, se